

¿Vas a tener tú envidia porque soy bueno?

La Palabra de Dios que proclamamos hoy nos presenta una desconcertante parábola: la de los jornaleros de la viña. El mensaje central se encierra en la respuesta del Señor: *¿vas a tener envidia porque soy bueno?*

El propietario de la viña, a distintas horas del día, llama a jornaleros a trabajar en su viña. Y al atardecer **da a todos el mismo jornal**: un denario, suscitando la protesta de los de la primera hora. Este denario **representa la vida eterna**, don que Dios reserva a todos.

La parábola plantea el tema de la **gratuidad del amor de Dios y de la salvación**. El Evangelio nos habla de una "lógica" distinta de la lógica del mundo: *los últimos serán los primeros y los primeros los últimos. Es la "lógica" del corazón de Dios*. En la primera lectura hemos escuchado: *Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos*.

Es una invitación a la conversión, a pasar de la lógica del mérito, al mundo de la gratui-

dad, que es el secreto del Reino de Dios. Todo es *don*, todo es *gracia*.

En el ser cristiano **todo es don** del Señor, que te ama; **todo es gracia** que precede al hombre, **todo es una obra que el Señor, por el don del Espíritu Santo, ha de ir haciendo en ti**. Y que tú has de acoger. Que parece poco; pero no es poco.

Es reconocer que todo lo que tienes y lo que eres lo has recibido gratuitamente, y que el verdadero protagonista no eres tú, sino el Señor. Es reconocer que el método de Dios es la humildad: al cielo se sube *bajando*.

Como dice el concilio Vaticano II: «Los seguidores de Cristo han sido **llamados por Dios** y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino **por su designio de gracia**. El bautismo y la fe los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud en su vida la santidad que recibieron» (LG 40).

Pero **Dios** respeta siempre tu libertad y te pide **aceptar este don** y vivir las exigencias que conlleva; pide **que te dejes transformar por el Espíritu Santo**, ajustando tu voluntad a la voluntad de Dios.

Entonces no brotará de tu **corazón** la envidia del resentido, sino **la gratitud del enamorado** que ha recibido más de lo que podía esperar.

Para ayudarte a rezar

Dale gracias a Dios por el don de la fe.

La Palabra del Señor, luz para cada día

1ª lectura: Isaías 55, 6–9. *Mis planes no son vuestros planes.*

Dios no puede ser reducido a nuestros esquemas humanos. Sus pensamientos y sus caminos no son los nuestros. Dios es *amor* y actúa con criterios de *gratuidad*, entrega, generosidad.

Salmo 144, 2–3. 8–9. 17–18. *Cerca está el Señor de los que le invocan.*

La oración cristiana debe arrancar de la contemplación de las obras del Señor, sobre todo de la experiencia diaria de su amor. Esta contemplación, esta experiencia, **nos hará vivir en el gozo y en la esperanza** de que el Señor está, en verdad, cerca de los que le invocan.

Puedes leer *Jeremías* 29, 13-14.

2ª lectura: Filipenses 1, 20c–24.27a. *Para mí la vida es Cristo.*

San Pablo, en la cárcel y con perspectivas de martirio, está seducido por Cristo. Es un ejemplo de lo que es un Apóstol totalmente ganado por Cristo. Porque “su vida es Cristo”, es, en último término, de Dios. Por eso, ni desea morir para librarse de los sufrimientos, ni desea vivir por creerse necesario. **Toda “su vida es Cristo”** y sólo quiere dar a conocer a su Señor. Semejante actitud no se improvisa. No es el arrebatado entusiasta de un prisionero que se sabe amenazado de muerte. **Es el fruto de una vida orientada únicamente a Dios.** Es la espontánea reacción de un hombre que ha sufrido, rezado y predicado infatigablemente durante años la Palabra de Dios, hasta el punto que puede exclamar con verdad: *para mí, la vida es Cristo.*

Puedes leer *2 Corintios* 5, 6-10; *Colosenses* 3, 1-4.

Evangelio: Mateo 20, 1–16. *¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?*

El propietario no obra arbitrariamente: paga lo convenido. Tampoco despilfarrar: da el salario de un día. **Su conducta revela un corazón generoso y lleno de misericordia.** Y Jesús dice a los murmuradores de todos los tiempos: **Así es Dios.** Así obra. Si esta generosidad de Dios nos irrita y molesta, tendremos que admitir que nos mueve la envidia y no el deseo de ser justos. Además, esta parábola nos enseña otra cosa importante: **Dios llama a todos y siempre al Reino.** El problema no es cuando van a la viña ni cuánto trabajan en ella: el problema es ir. E ir cuando el Señor llama.

Lunes 25	Esd 1,1-6 Los que pertenezcan al pueblo del Señor, que suban a Jerusalén para reedificar el templo del Señor. Sal 125,1-6 El Señor ha estado grande con nosotros. Lc 8,16-18 El candil se pone en el candelero para que haya luz. Pídele al Señor la gracia de ser hoy una <i>luz</i> para los que te rodean
Martes 26 Santos COSME Y DAMIÁN	Esd 6, 7-8. 12b. 14-20 Terminaron el templo y celebraron la Pascua Sal 121 Vamos alegres a la casa del Señor. Lc 8, 19-21 Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen. Reza por las vocaciones sacerdotales y religiosas
Miércoles 27 SAN VICENTE DE PAÚL	Esd 9, 5-9. Dios no nos ha abandonado en nuestra esclavitud. Sal Tob 13 Bendito sea Dios que vive eternamente. Lc 9, 1-6 Los envió a proclamar el reino de Dios y curar a los enfermos Reza por las vocaciones sacerdotales y religiosas
Jueves 28 San LORENZO RUIZ	Ag 1,1-8. Construid el Templo, para que pueda complacerme. Sal 149. El Señor ama a su pueblo. Lc 9, 7-9 ¿Quién es este de quien oigo decir tales cosas? Reza por los cristianos <i>perseguidos</i>.
Viernes 29 Santos Arcán- geles MIGUEL, GABRIEL Y RA- FAEL	Ap 12, 7-12a Miguel y sus ángeles declararon guerra al dragón. Sal 137, 1-5 Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor. Jn 1, 47-51 Veréis subir a los ángeles y bajar sobre el Hijo del Hombre. Reza por los atribulados
Sábado 30 San JERÓNIMO	Za 2,5-9.14-15a. Yo vengo a habitar dentro de ti. Sal: Jr 31,10-13. El Señor nos guardará como pastor a su rebaño. Lc 9, 43b-45 Al Hijo del Hombre lo van a entregar. Haz una obra de <i>caridad</i>.
Domingo 1 26° del TIEMPO ORDI- NARIO	Ez 18, 25-28. Cuando el malvado se convierta de su maldad, salvará su vida. Sal 24, 4-9. Recuerda, Señor, que tu misericordia es eterna. Fil 2, 1-11. Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Mt 21, 28-32. Los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios. Reza por tu familia y por la parroquia

Testigos del Señor: ***San Lorenzo Imbert***

Había nacido en la diócesis de Aix-en-Provence. Su familia residía en Calas, y era muy pobre. Es conmovedor saber cómo aprendió a leer: un día encontró un centimillo en la calle, con el compró un

alfabeto y rogó a una vecina que le enseñara las letras. Así, a fuerza de perseverancia, consiguió la preparación suficiente para poder ingresar, en 1818, en el seminario de Misiones Extranjeras. Después

de dos años de estudios se embarca en Burdeos y marcha a trabajar a China.

En plena tarea apostólica le sorprende el nombramiento de vicario apostólico de Corea y su elevación al episcopado. En mayo de 1837 es consagrado en Seu-Tchouen, y al terminar el año llega a Corea.

No era el primero en llegar. Le habían precedido ya otros dos misioneros, llamados a compartir el martirio con él. Los dos franceses: Pedro Filiberto Maubant y Santiago Honorato Castán.

Inmediatamente pusieron manos a la obra. Ante todo fue necesario aprender la lengua coreana.

Escuchemos a monseñor Imbert lo que era su vida: "No permanezco más que dos días en cada casa que reúno los cristianos, y antes de que amanezca el tercer día paso a otra casa. Me toca sufrir mucha hambre, porque después de haberme levantado a las dos y media de la madrugada, esperar hasta el mediodía y recibir entonces una comida mala y floja, bajo un clima bajo y seco, no es cosa fácil. Después de comer reposo un poco, y a continuación doy clase de teología a mis seminaristas; después oigo confesiones hasta la noche. Me acuesto a las nueve sobre la tierra cubierta de una lona y un tapiz de lana de Tartaria, porque en Corea no hay ni camas ni mantas. He tenido, siempre un cuerpo débil y enfermizo, y a pesar de todo he llevado adelante una vida laboriosa y bien ocupada; pero aquí pienso haber llegado a lo superlativo y al nec plus ultra de trabajo. Ya os imagináis que con una vida tan penosa no tengamos miedo al golpe de sable que debe terminarla."

Todo esto había que hacerlo con el mayor secreto. Las quince o veinte perso-

nas a las que había atendido cada día: confesiones, bautismos, confirmaciones, matrimonios, etcétera, tenían que retirarse antes de la aurora. Aun así, aquella vida no pudo prolongarse mucho tiempo. Dos años después de su llegada, el 11 de agosto de 1839, monseñor Imbert era detenido por los perseguidores.

Comprendió bien que había llegado el final de su vida. Y creyó un deber, para evitar apostasías a los fieles seguidores, invitar a sus dos compañeros a entregarse. La tarjeta enviada por el obispo, que era una invitación al martirio, llegó primero al padre Maubant, quien la transmitió a su compañero el padre Castán. Ambos obedecieron sin vacilar. Cada uno redactó una instrucción para uso de sus fieles y luego en común unas líneas dirigidas a toda la cristiandad coreana. Escribieron una breve memoria para el Cardenal Prefecto de Propaganda Fide y una carta a sus hermanos de las Misiones Extranjeras para encomendarles a sus neófitos.

Todo esto llevaba la fecha del 6 de septiembre. Y una vez terminados los preparativos, los dos misioneros se unieron a su obispo. Los tres comparecieron ante el prefecto y confesaron noblemente su fe: "Por salvar las almas de muchos, no hemos vacilado ante una distancia de diez millares de lys. Denunciar a nuestras gentes, y hacerles daño, olvidando los diez mandamientos, no lo haremos jamás, preferimos morir." Aquel mismo día 15 de septiembre recibieron la primera paliza, con bastones. Otra nueva les esperaba, después de un interrogatorio similar, el día 16. Por fin, el día 21 tuvo lugar el suplicio final.

Fueron beatificados en 1925 por el papa Pío XI y canonizados por Juan Pablo II el 6 de mayo de 1984, en Seúl, Corea.